



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12645

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Hasta otro año

Ya hemos pagado la visita á Murcia. Hemos cumplido ese deber y nos hallamos de vuelta en el hogar.

¿Qué cuántos hemos ido? Tal vez más que nunca.

Haciendo caso omiso de los que marcharon en días anteriores, con ó sin billetes de rebaja, el tren primero salió ayer mañana compuesto de veintiocho vagones, precedido de esta noticia telefónica que hacía saber al jefe del apeadero de los Molinos el estado en que salió el convoy:

«Sale tren completo. Los viajeros de ahí tendrán que esperar el segundo».

Y era el tren de que hablaba el teléfono larguísimo, enormemente largo; y llevaba el mayor número de unidades: dos máquinas, dos furgones y veintiocho vagones de viajeros al super complet. Los furgones iban atestados y hasta en los estribos se habían instalado los viajeros.

El segundo era largo también, tan largo como el anterior. En él pudo subir al fin el contingente de las estaciones intermedias, que lo llenaron enseguida.

Anoche regresaron los expedicionarios, también en dos trenes del todo rellenos. Y, como en la expedición de la mañana, iban llenos los coches, los furgones, los estribos de los carruajes y algunos techos de éstos, circunstancia que parecía poner de relieve que si hubo delirio para ir lo hubo mayor para volver.

Los expedicionarios llegaban satisfechos. Los que van á los toros por que han visto dos corridas animadas. Los que no van á las fiestas laurinas por que había realizado un viaje por poco dinero, dado unas vueltas por la feria,

echado al aire algunas ranas—no todas las que sobran—y vuelto á casita á saborear el recuerdo de la excursión de ayer.

Y hasta el año que viene.

LA FUERZA MILITAR DEL JAPON

A medida que va reforzándose el ejército ruso con el «cuenta gotas» del ferrocarril transiberiano, se plantea con mayor relieve el problema de los contingentes disponibles en el Japón para afrontar las masas enemigas.

Es casi seguro que en armas especiales y en caballería, el ejército japonés no puede dar ya mucho de sí; pero en cuanto á infantería, sus reservas parecen inagotables.

Los peritos alemanes é ingleses que estudian la movilización japonesa certifican asombrados la renovación de tropas de infantería, que cubren en las plazas fuertes del Japón, como si no hubiera en Manchuria y Corea todo el ejército nacional de operaciones.

He aquí los datos oficiales y las investigaciones practicadas para explicar esta abundancia de soldados de infantería.

La última estadística japonesa (31 de Diciembre de 1900) fija en el ejército activo estas contingentes:

Oficiales, 8.046, soldados, 158.214.—Total, 166.260 hombres.

Para la movilización del ejército de primera línea, se añade á ese total la reserva, fuerte de 2.400 oficiales y 201.708 soldados, con un total de 204.108 hombres.

El ejército activo comprende escuadras militares, guardia civil, guarnición de la isla de Formosa, destacamento de China, etcétera.

Y aquí viene el problema (cómo ha podido el Japón, contando en todo con 371.000 hombres, mandar á unos 80.000 soldados sobre Port Arthur, contar 120.000 más á Kuroki, 75.000 á Nodzu y 40.000 á Oku, guardar el territorio nacional, reforzar el destacamento en China y ocupar Corea.

Claro que todo se ha hecho mediante llamamientos sucesivos de las segundas reservas, ó «landwehr», que comprendían en 1900 á 1.465 oficiales y á 97.257 soldados. Total: 98.722.

El primer depósito (contingente anual)

disponía de 51.996 hombres. El segundo depósito de 109.581.

El alistamiento cada año registra en el Japón, á más de 200.000 jóvenes válidos. El Gobierno llama á filas, según los fondos disponibles en el presupuesto, á unos 50 mil quintos que pasan tres años en el ejército activo, cuatro años y cuatro meses en la reserva.

Así se explica el contingente de 371.000 hombres en el ejército de primera línea.

Después de los cuatro años de servicio en la reserva, viene el período de cinco años en la «landwehr», cuyos efectivos de veteranos se pueden contar sin reducciones.

En el primer depósito están los mozos alistados para el servicio activo que no lo prestaron por cualquier motivo, y que están vinculados durante siete años y cuatro meses.

El segundo depósito comprende á los soldados obligados durante un año y cuatro meses, sacados del rosario entre el total de los mozos alistados, los soldados que han servido en activo, y los del primer depósito.

Prescindiendo de la «landwehr», el efectivo del primer depósito es en realidad de 350.000 hombres, sin las deducciones.

Y, finalmente, hay la «landwehr», ó última reserva, no organizada, que encierra á todo ciudadano japonés de los 17 á los 40 años; es decir, á tres millones de hombres. Con un sencillo decreto puede el gobierno imperial sacar de la «landwehr» á cien mil hombres al año.

Estos números explican el medio de reunir y armar á muchos hombres, pero falta convertirlos en soldados.

Eso es lo que consiguen los militares japoneses con rapidez y eficacia según han comprobado los peritos ingleses y alemanes.

En el «Times» de Londres escribe uno de esos peritos que por de pronto el recluta japonés no necesita que nadie le infunda la obligación del deber y de la disciplina, ignorantes ó instruidos, todos entran en el depósito animados por ardiente patriotismo, empapados del sentimiento de la disciplina y resueltos á cumplir los deberes que asumen.

Falta, pues, solamente la instrucción militar, que se da con rigor exagerado desde un principio, á fin de eliminar inmediatamente á los menos resistentes.

La primera semana se dedica á marchas ligeras, repetidas, y alargadas sin cesar.

Durante la segunda semana prosiguen las marchas, pero en columna y por carreteras, cada día más duras y más largas.

A los quince días el recluta es armado, y se le carga toda la impedimenta de campaña.

Los ejercicios se llevan á la plaza de armas, empezando las carreras planas de unos 250 metros, seguidas de las carreras con obstáculos.

Hay que saltar un foso de ocho metros de ancho y escalar murallones de un metro y medio de altura.

Luogo hay que atravesar zanjas de diez metros de anchura sobre una tabla de 30 centímetros, á la carrera y salvar empalizadas altas de 2'60 metros.

Enseguida vienen simulacros repetidos de asalto, á través de un foso de tres metros de profundidad por diez metros de anchura con basamento de mampostería, parapeto en terraplén, alambrado, etc., es decir, un fuerte en miniatura.

En el último período, estos ejercicios alternan con los del tiro al blanco.

A los dos meses de trabajo perseverante, el recluta, hecho un soldado de primer orden, es llevado á campos misteriosos, en sitios desconocidos, donde se le regimienta y se le instruye en las maniobras de conjunto.

Ningún extranjero ha podido adquirir la menor referencia sobre estos campos de concentración, de los que salen las divisiones japonesas para el campo de batalla.

Todos los indicios son, pues, de que para la actual campaña, cuando menos, los japoneses disponen de masas de infantería suficientes para llevar adelante sus planes.

MICROSCÓPICAS

¡Maldita sea la guerra!
Sí, maldita.

Este grito, salido del alma, lo ha arrancado un suceso cruel, una tragedia en la que han figurado tres primeros actores, los tres locos, dos de ellos sin que quede duda de que estaban en dicha situación.

Una dama rusa, joven y bella, viuda de un oficial que murió combatiendo en el Ascolé contra los enemigos de su patria, buscó lenitivo á sus dolores en el ejercicio de la caridad; y combinando los deberes que se le impusieron de un modo voluntario, con el desprecio de la vida á que le llevaba la deses-

peración, dedicóse á la tarea santa de auxiliar heridos en pleno campo de combate.

El padre de la joven, que sentía también en Port Arthur, se opuso decidido á que su hija empleara su existencia en tal ocupación. Y al ordenarlo así á la dama rusa conminóle, para que saliera poniéndose al abrigo del peligro constante que corrían los que viven en plazas sitiadas.

Pudo más en la pobre mujer la caridad que la obediencia y negóse á salir; pero... salió, no de Port Arthur, sino del mundo, por orden de su padre, abriéndose esta la puerta con bala de revólver, que apagó, al penetrar en su linda cabeza, el impulso de sus sentimientos generosos y la desesperación de su vivir.

El general Stoessel ha fuellado al padre completando este suceso trágico de inabarcable horror, ante el cual nos preguntamos llenos de piedad:

¿Es que la exaltación de que se hallan poseídos los sitiados en Port Arthur va produciendo casos de locura?

RAUL.

Importancia de la Marina

Uno de los más ilustres hombres del siglo XVIII, Jobabanda, escribió una memoria sobre el fomento de la Marina mercante que la historia de los antiguos imperios acredita, con una multitud de ejemplos, que las fuerzas navales, de un Estado, fueron siempre el principal instrumento de sus triunfos y, en la Marina mercante el más abundante manantial de su prosperidad y su grandiosidad.

Y así es en verdad, en comprobación de todos los hechos.

Los fenicios, saliendo de una tierra estéril, dominaron el Mediterráneo; un triunfo marítimo de los griegos, mandados por Temistocles abatió el poder de los persas; los romanos obtuvieron el imperio en la tierra después de haber vencido en el mar á los cartagineses; y si de la Edad Antigua pasamos á la Edad Media, vemos á Génova, á la señoría de Venecia, á Pisa y Florencia, poderosas y ricas, gracias al desarrollo de su tráfico marítimo.

¡Por qué sino por el predominio y capacidad de su Marina de guerra logró Holanda, sin grandes extensiones continentales, sin ejércitos numerosos, sin política de dominación ó de conquista, que su nombre fuese respetado?

—¿Porque tengo hoy, mañana y pasado un trabajo de perro.

—¿Pues y cómo?

—Hemos alquilado el principal, usted sabe, ese cuarto tan grande que da vuelta á la casa, un alquiler de quinientos mil francos, como quien no dice nada. He tenido veinte luses de propina, maestro. Es un ricacho, que dicen no saben lo que tiene. Tiene más millones que pelos.

—Y siendo así, ¿cómo no tiene casa propia?

—Tomá si tiene, dijo el portero, y famosa; pero el ayuntamiento la derriba en el ensanche, y el banquero toma el principal de esta casa: en el interior...

—¡Ah! ¿es un banquero?

—Y de campanillas. No tiene más que una hija: de modo que no se disputarán para heredarle.

Maese Lorient se estremeció.

—¿Cómo lo llaman, tío Jacobo, á ese banquero?

—M. Valbonnetto de Valbonne.

Este nombre produjo tal impresión sobre Lorient, que dió un brinco sobre su silla y dejó caer el anteojito incrustado en el arco de su ceja.

En cuanto á Gastón habla palidecido mortalmente.

—¡Calla! dijo el portero al diamantista; ¡ese nombre parece hacerle á Vd. efecto!

¿Le conoce Vd. por ventura, señor Lorient?

El platero se había repuesto de su emoción.

—Le he oído nombrar mucho, respondió irrisamente.

Es, en efecto, hombre muy rico.

—¡Calla! ¡Calla! murmuró Emilio, que no había dejado escapar ni la emoción violenta del padre, ni la palidez súbita del hijo; ¡la cosa se complica, y todo empieza á interesarme de lo lindo!

las manos metidas en los bolsillos, del lado del boulevard de Capuchinos por el que subió hasta la calle Caumartin.

Paróse allí un momento, pareció titubear y tomó de pronto una resolución.

—¡adelante! su dijo; ¡la venganza es decididamente el placer de los dioses!

Y avanzó con paso rápido hasta el número 19 de la calle Caumartin, á cuya puerta llamó y dijo al portero:

—¿Está en casa el tío La Llavía?

—Sí, señor, respondió el portero; quinto piso, á la derecha, escalera pequeña, al fondo del patio.

Beltran puso una moneda de 10 francos en la mano del portero y siguió el camino indicado.

¿Quién podía ser este misterioso personaje que andaba tan alto, llevaba un nombre tan extraño y á cuyo suhistrar se dirigía el diligente Mr. de Morlux, después de haber esquivado el espectro de ojo ardiente llamado «La Venganza»?

El tío La Llavía era una especie de «deus ex machina», de gran reputación secreta, de agente misterioso y terrible, que representaba desde hacía diez ó doce años, y representaba aun con impasibilidad un papel importante, cuando no el principal, en esos dramas